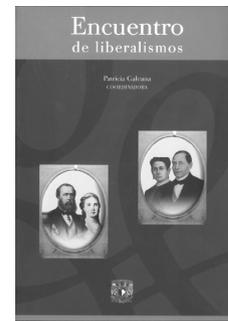
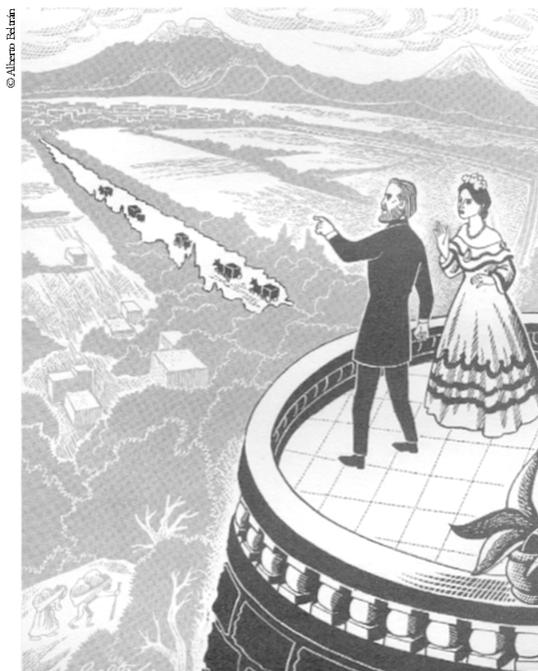


Cultura y liberalismo



Álvaro Matute

Presentar un libro integrado por veintisiete trabajos agrupados en siete secciones, aparte de preliminares y epílogos no es tarea fácil. Si pretendiera dar noticia de todos y cada uno de los textos reunidos, simplemente con el hecho de enunciarlos y mencionar los nombres de sus autores, llenaría con facilidad más de una cuartilla y el lector se podría dar cuenta de la multiplicidad de maneras de abordar aspectos de lo ocurrido en la historia mexicana durante el segundo intento de establecer un gobierno monárquico, entre 1864 y 1867, bajo el amparo de lo que con agudeza histórica, la coordinadora, y también autora de un ensayo, Patricia Galeana, o debo decir, la infatigable Patricia Galeana, propone: un *encuentro de liberalismos*.



Maximiliano y Carlota observan el primer trazo del Paseo de la Reforma, 1865

Es por ello que lo prudente es optar por destacar un aspecto o dos de los múltiples tratados en este libro, que de entrada, puede calificarse como una aportación, a la vez sólida y novedosa, para el conocimiento del momento histórico convocado.

Para quienes fuimos formados bajo la sabia enseñanza de don Edmundo O’Gorman, la dicotomía imperio-república significaba el enfrentamiento de dos posibilidades de ser histórico. A lo largo de su desarrollo hubo una dialéctica entre ambas, de manera que una y otra se fueron interpenetrando, de manera tal que, salvo la propia definición en cuanto a la forma de organización que se le pretendía dar al Estado en formación, los contenidos se apropiaban de elementos del contrario.

Tomo esta idea como punto de partida para referirme a uno de los aspectos desarrollados en *Encuentro de liberalismos*: la cultura. El nacionalismo acendrado de muchos historiadores ha omitido o soslayado destacar la importancia de la presencia de personas e instituciones cuya trascendencia en la ciencia y la cultura mexicanas posterior a 1867 fue muy grande.

Si se hubiera tratado de una migración de exiliados, las páginas dedicadas a exaltar la manera como vino una corriente de aire fresco del exterior a sepultar por fin las inercias coloniales, serían incontables. Así, de manera soterrada, apenas se menciona lo que en términos de ciencia y cultura trascendió después del triunfo de la República. Pongo un ejemplo no desarrollado en este libro, aunque la institución que lo promueve está debidamente tratada, que es la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en su colaboración con la Academia Imperial de Ciencias. Me refiero a la reflexión de Manuel Larráinzar acerca de la necesidad de elaborar una historia general de México, propuesta en 1865, en el seno del Imperio, y realizada por

un grupo de liberales comandado por don Vicente Riva Palacio. Este ejemplo no es *rara avis*. Como él hay otros y, sobre todo, el hecho incuestionable de que una vez que sobrevino la paz, la ciencia y la cultura mexicanas pudieron caminar por senderos menos accidentados que en los tiempos anteriores y, lo más importante, después de una benéfica puesta al día que de haber privado una cerrazón nacionalista, no hubiera habido ningún avance.

Un ejemplo muy ilustrativo es el del doctor Federico Semeleder, presentado por Magdalena Martínez Guzmán. Se trata del médico personal de Fernando Maximiliano, de formación vienesa, lo cual para su tiempo era vanguardia, y quien en un arrebato de celos profesionales abandonó al emperador por haber sido tratado por el doctor Rafael Lucio, y se separó del séquito imperial para ejercer por su cuenta. Permaneció así, en México, residió en la capital y en Córdoba, y llegó a ser, en dos ocasiones, vicepresidente y presidente de la Academia de Medicina. Llama la atención la doctora Martínez Guzmán acerca de los avances tecnológicos introducidos por Semeleder para la terapéutica, concentrados particularmente en diversas formas de endoscopia, hoy tan utilizada para explorar el aparato digestivo y en sus principios principalmente para el examen de la laringe.

Aparte del hito individual, aquí se presenta el aspecto institucional. Si bien éste tiene un desarrollo muy bien fundamentado en el artículo de Nadia Pévost, en el aludido de Magdalena Martínez Guzmán también se hace presente. Francia estableció dos comisiones científicas, una sólo residente en Francia, directora y recipientaria de los datos que le enviaran sus corresponsales y, la otra, que no sólo era científica, sino también literaria y artística, sí tendría presencia física en México. Ambas, por su parte, requirieron del apoyo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, que tuvo un importante reactivamiento. No se olvide que hubo personajes muy destacados en dicha sociedad, asociados al imperio. Uno de ellos, el siempre denostado Juan N. Almonte, fue uno de sus creadores, junto con el Conde de la Cortina. Almonte es uno de esos personajes difícilmente recuperables, dada la impopularidad que su figura se ganó entre los liberales. No obstante, su papel en Geografía y Estadística fue de gran trascendencia. Sin embargo, quien puede reclamar para sí el haber desempeñado el papel principal fue don Manuel Orozco y Berra, quien como se dice en términos deportivos, venía desde atrás, y en el periodo imperial, pese a sus múltiples ocupaciones y responsabilidades, sacó adelante muchos de sus proyectos, algunos en el ministerio, con José Fernando Ramírez, otros bajo el amparo de la SMGE. Nadia Prévost traza un cuadro compacto y muy bien documentado de la tra-

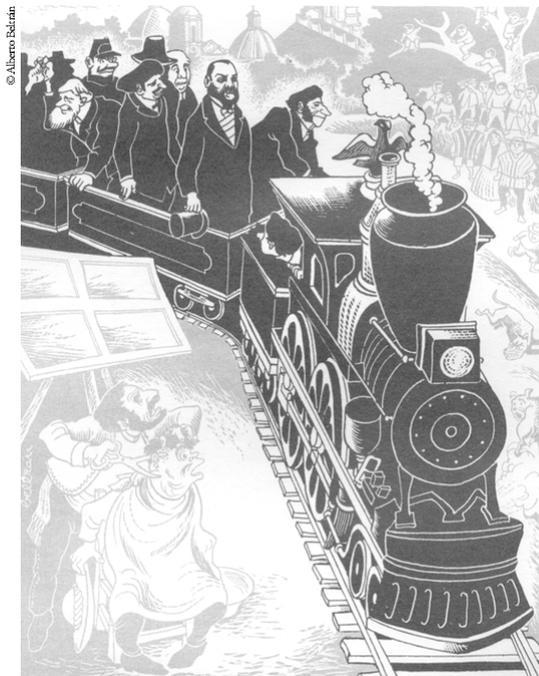


El primer telégrafo, 1850

yectoria de esta agrupación científica mexicana, relacionada con la presencia y los proyectos que planteó la Comisión Scientifique du Mexique.

Dentro de la misma línea cultural, Christian Opriessnig se refiere de manera explícita a la política cultural de Maximiliano, pero el artículo no trata realmente este tema como parte del gobierno imperial, sino que se limita a una suerte de diplomacia cultural fallida, por parte del emperador, de solicitarle a su hermano Francisco José de Austria, el gesto de dar a México piezas de las colecciones vienesas originarias de las culturas prehispánicas, lo cual sólo logró de manera parcial. En virtud de ello, no digamos que México no cuenta con el famoso penacho de Moctezuma, que no estaba en el paquete, sino con dos documentos de primer orden: la primera carta de relación de Cortés y el Códice Vindobonensis. Esto ciertamente a los historiadores nos parece más relevante que el tocado del hueytlatoani. Lamentablemente, ni una cosa ni la otra, pero sí al menos un chimalli. En este aspecto este, sin duda relacionado con la política indigenista que se desarrolló en el efímero gobierno imperial que trata Jean-François Lecaillon y Miguel León-Portilla, éste en lo tocante a las proclamas redactadas en lengua náhuatl. Aquí cabe retomar los esfuerzos de Orozco y Berra tendientes a establecer la geografía lingüística indígena mexicana, sin duda uno de los logros más grandes de la sabiduría mexicana del siglo XIX.

El libro, como anuncié desde el principio, es rico en temas y aspectos. Uno curioso, pero no por ello banal sino ilustrativo de la política de Maximiliano y Carlota



El primer ferrocarril, 1857



Los primeros tranvías, 1856

para México, fueron los viajes del emperador, registrados con precisión y muy bien documentados por Amparo Gómez Tepexicuapan, fina estudiosa de la época en cuestión. Contrasta con el artículo de Sylvia Lubienski, referido al viaje de Carlota a Yucatán, demasiado breve y que inexplicablemente no incluye en su bibliografía el espléndido relato que de esa experiencia plasmó don José Fernando Ramírez. Realmente desmerece ante el de Amparo Gómez, que se preocupa por establecer los itinerarios seguidos por Fernando Maximiliano y las actividades de sus giras por el interior, sin llegar desde luego a las intimidades ocurridas en el Jardín Borda de Cuernavaca.

Otra sección que si bien no agota pero sí apunta es la dedicada al imperio en diversas expresiones artísticas. Aquí, creo, hay tema para todo un libro, por lo que los cinco trabajos que se incluyen, apuntan apenas sendas vetas para explotar. La dramaturgia ha sido hasta cierto punto pródiga en recreaciones, así como la plástica. Con todo, las muestras ofrecidas cumplen muy bien con su cometido.

Por último, tratándose de un libro cuyo centro de atención es el liberalismo y suponiendo que ese aspecto será objeto de las reflexiones de distinguidos estudiosos de la materia, sólo quiero hacer mención de uno de los trabajos consagrados al tema, el de Manuel Olimón Nolasco, que me parece un trabajo notable, por la manera en que está realizado como por lo que implica como expresión de conciencia histórica.

En cuanto a lo primero, el artículo de Olimón es universal. Trata el conflicto entre catolicismo y libera-

lismo, lo enuncio así y no utilizando palabras como religión o iglesia, porque con catolicismo frente a liberalismo englobo a las dos que gravitan. Universal porque eso son catolicismo y liberalismo, por el punto de partida que le sirve para plantear el conflicto, derivado de la última sentencia del *Syllabus* del pontífice Pío XI. El texto de Olimón recorre temporalidades amplias para caracterizar las oposiciones entre una y otra realidades doctrinarias y sus implicaciones con los contextos históricos que las generan. Y una vez logrado su objetivo contextual general, siempre en tensión, ubica el problema en el ámbito mexicano, con Clemente Munguía y con la correspondencia entre Carlota y la condesa Carolina de Gruñe, para después volver a abrir el problema a una temporalidad sin límites. Artículo lúcido y muy bien fundado, es una lección de hermenéutica que expresa lo que su autor establece como compromiso ciceroniano y no como visión petrificada, de acento rankeano, de la historia. Un artículo para la reflexión, para la lectura reiterada.

En suma, *Encuentro de liberalismos* es un libro que no debe pasar desapercibido. Es un paralelo actual a aquél bien logrado libro que lo antecede, publicado hacia 1965 por el Instituto Francés de América Latina, todavía inspirado por la sabiduría de François Chevalier. La coordinadora Patricia Galeana debe sentirse satisfecha por este logro, así como todos los que lo hicieron posible. **U**

Encuentro de liberalismos (Patricia Galeana, coordinadora), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, 679 pp.